

esperanza, sino el considerar, que habiendo vuestra misericordia comenzado la obra de nuestra conversion y mudanza de vida, la ha de continuar y concluir, para que así sea completa y total la misericordia?

NOTA.

¹ San Agustin entiende por *concupiscencia de los ojos* la curiosidad, ó el excesivo y desordenado deseo de ver y conocer cualesquier cosas: y claramente explica como la concupiscencia de la carne, que comprende todos los deleites de los sentidos, se distinga de esta otra concupiscencia ó curiosidad, que no solamente apetece conocer y experimentar las cosas suaves y hermosas, sino tambien las cosas feas, ásperas y horrendas. Tambien santo Tomás (1, 2, q. 77, a. 5) dice que se entiende por esta concupiscencia, ya *el deseo de un saber y conocer desordenado, ya el deseo de las mismas cosas que exteriormente se proponen á la vista.*

CAPÍTULO XXXVI.

De cómo se hallaba en orden al tercer género de tentacion, que es el de la soberbia.

58. Vos, Señor, sabeis cuánto me habeis mudado en algunas cosas, sanándome pri-

meramente del deseo de vengarme, para que perdonando yo, me perdoneis á mí tambien todas las demás maldades, saneis todas mis dolencias, redimais mi alma de la perdicion y muerte eterna, me deis la corona ganada con vuestras gracias y misericordias, y sacieis mis deseos con bienes interminables é infinitos.

Vos me hicisteis temer el rigor de vuestro juicio, y con este temor santo reprimisteis mi soberbia, y me hicisteis que sujetase dócilmente mi cerviz al yugo de vuestra ley. Ahora llevo este yugo, y me parece suave, porque Vos prometisteis que lo sería, y habeis hecho que lo sea: verdaderamente era suave, y no lo sabia yo, cuando tenia miedo de sujetarme á él.

Mas ¿por ventura, Señor, que sois el único que domina sin fausto ni altivez, porque tambien sois el único verdadero Señor, que no reconoceis otro; por ventura, vuelvo á decir, podré esperar verme libre enteramente de esta tercera especie de tentacion que trae consigo el mandar, ó es posible librarse de ella durante todo el curso de esta vida?

59. Desear ser temido y amado de los

hombres, no por otra cosa, sino para tener en esto un gozo que no es gozo, es miseria de la vida humana y una jactancia fea. Hé aquí de dónde principalmente dimana el no amaros los hombres á Vos solo ni temeros con temor filial y santo. Por eso *resistis á los soberbios, y dais gracia á los humildes*; por eso tronais sobre los ambiciosos del mundo, haciendo que se estremezcan los cimientos de los montes mas altos. Pero como sea necesario para el desempeño y cumplimiento de algunos empleos de la república, el que sean temidos y amados de los hombres los que están destinados á aquellos cargos ó empleos; el enemigo de nuestra verdadera felicidad y bienaventuranza nos estrecha mas para hacernos caer en esta vana complacencia, y por todas partes tiende los lazos de aplausos y lisonjas, para que recogiéndo las con ansia y afición, caigamos incautamente en aquella vanidad, y dejemos de poner nuestro gozo en vuestra verdad, colocándolo en el engaño y falacia de los hombres, y lleguemos á tener gusto y complacencia de ser amados y temidos de los hombres por nosotros mismos y no por Vos. Así intenta el enemigo, haciéndolo-

nos semejantes á él en la soberbia, llevarnos tambien á su compañía; no para usar con nosotros de caridad y concordia, sino para hacernos compañeros de sus penas y tormentos; porque él, aspirando soberbiamente á ser semejante á Vos, tiró á imitaros malamente por el torcido rumbo y contrario extremo de la desemejanza, queriendo poner su trono en el Aquilon ¹, para que los hombres, desalumbrados y frios por faltos de fe y caridad, le sirvan y obedezcan á él.

Pero nosotros, Señor, que somos vuestro pequeño rebaño, vuestros somos, poseednos siempre Vos. Extended vuestras alas, para que huyendo de nuestros enemigos, nos refugiemos y acojamos debajo de ellas. Sed Vos nuestra única gloria, y haced que solamente en Vos nos gloriemos, y que si nos aman, seamos amados por Vos; si nos temen, sea vuestra divina palabra la que se tema y se respete en nosotros. *El que quiere ser alabado de los hombres*, vituperándole Vos, no será defendido de los hombres cuando Vos le juzgueis, ni ellos podrán libertarle si le condenais.

Pero cuando la alabanza es tal, que ni con

ella es alabado el pecador en los malos deseos de su alma, ni bendecido el inícuo; sino que es alabado el hombre por alguna gracia y don que Vos le concedísteis, y él se alegra mas de ser alabado, que de tener aquel don por el cual le alaban; se verifica que este es alabado vituperándole Vos; y es mejor el otro que le alabó, que este que fue alabado; porque á aquel le agradó en el hombre el don de Dios, y á este otro le agradó mas el don del hombre que el de Dios.

NOTA.

¹ Alude primeramente al texto de Isaías, que dice de Luzbel, que intentó poner su trono á los lados del Aquilon: y como este es el aire que hay mas frio entre todos, porque viene del Septentrion, por donde nunca anda el sol ni puede andar (sino en la fábula de Faeton), allí todo es oscuridad y frio: y así metafóricamente significa el reino de las tinieblas, y á su príncipe el demonio: y por eso dice aquí con hermosa alegoría san Agustín, que los soberbios que siguen al demonio en el Aquilon, están sin luz de fe en el entendimiento, y sin calor de caridad en la voluntad, pues ni hay luz ni calor en el Aquilon ó Septentrion.

CAPÍTULO XXXVII.

De cómo le movian las alabanzas de los hombres.

60. Todos los dias somos tentados, Señor, con estas tentaciones, sin darnos treguas ni cesar de combatirnos. Las lenguas de los hombres que nos alaban, vienen á ser nuestro horno que cotidianamente nos examina y prueba. Vos nos habeis mandado, que tambien en esta especie de tentacion seamos cautelosos y contenidos. Dadme, Señor, lo que mandais, y mandadme lo que querais. Vos sabeis los muchos suspiros que esto me cuesta, y los rios de lágrimas que en vuestra presencia han derramado mis ojos por esta causa. Porque no puedo fácilmente conocer cuánto haya adelantado en preservarme de este contagio; y temo mucho que haya varios defectos ocultos y escondidos en lo interior de mi alma; los cuales claramente los descubren vuestros ojos, pero no los ven los míos. En los otros géneros de tentaciones tengo algun arbitrio y facultad para

examinarme á mí mismo, y conocer en qué disposicion me hallo; pero en esta materia cási no hay medio alguno por donde conocerlo.

Porque yo bien conozco y veo cuánto es lo que tengo adelantado y adquirido de fuerzas para refrenar mi ánimo, ya sea de los deleites sensuales, ya sea de la vana curiosidad y deseo de saber cosas inútiles, cuando actualmente carezco de aquellos objetos, ó porque me privo de ellos por mi voluntad, ó porque no los tengo presentes á mi disposicion; en tal caso me pregunto yo á mí mismo, cuánta sea la molestia que me causa el carecer de aquellas cosas; y conozco si es mayor ó menor que la que otras veces me causaba. Por lo que mira á las riquezas, se desean únicamente para satisfacer á alguna de estas tres suertes de concupiscencias, ó dos de ellas, ó todas tres: si poseyéndolas actualmente no puede el ánimo conocer bien si las desprecia ó no, tiene el arbitrio de renunciarlas enteramente, y entonces lo conocerá.

Para carecer de las alabanzas, y hacer entonces experiencia de si sentimos ó no su fal-

ta, ¿por ventura hemos de vivir mal y desordenadamente, y ser tan perdidos, crueles y desalmados, que cuantos nos conozcan nos abominen y digan mal de nosotros? ¿qué mayor locura puede decirse ó pensarse? Pues si la alabanza suele y debe ser compañera inseparable de la buena vida y de las buenas obras, así como no debemos dejar la vida y costumbres buenas, tampoco podemos abandonar el acompañamiento que llevan de las alabanzas. Ello es cierto, que solo careciendo de una cosa es cuando puedo conocer y experimentar si siento el que me falte, ó no lo siento.

61. Pues, Dios mio, ¿qué confesion es la que puedo hacer de lo que me sucede con este género de tentacion, sino que me deleitan las alabanzas, aunque mas me deleito con la verdad que con ellas? Si me propusieran cuál de estas cosas queria mas, ó ser un hombre furioso y desatinado, que no obraba con rectitud y acierto en materia alguna, pero no obstante era muy alabado de todos los hombres; ó por el contrario, verme vituperado de todos, siendo yo cuerdo y juicioso, y teniendo verdadera ciencia y sa-

biduría, que es ciertísimo conocimiento de la verdad; veo claramente lo que en tal caso había de escoger.

Pero yo no quisiera que la aprobacion y alabanza ajena me aumentase el gozo que puedo tener de alguna bondad mia; aunque conozco y confieso, que no solo me lo aumenta la alabanza, sino que el vituperio me lo disminuye. Cuando me veo atribulado con semejante flaqueza propia de mi miseria, se me ofrece luego una disculpa, que Vos, Dios mio, sabeis si es buena ó mala; pues yo no me atrevo á calificarla con certeza. La razon, con que tiro á disculpar mi alegría y gozo de la alabanza, consiste en que como Vos nos habeis mandado no solo la continencia y templanza, que nos enseña de qué cosas debemos apartar nuestra aficion, sino tambien la justicia, que nos muestra en qué cosas debemos poner nuestro amor y voluntad: y como por otra parte nos habeis mandado, que no solamente os amemos á Vos, sino tambien al prójimo: fundado yo en todo esto, me parece que muchas veces que me deleito oyendo que me alaban, no nace mi deleite y alegría de aquella alabanza, sino del apro-

vechamiento que muestra el prójimo; y de las buenas esperanzas que da de su talento, pues alaba lo que merece ser alabado: por el contrario, si me entristezco cuando me vitupera, me parece que solo es de su mal, oyendo que desprecia y vitupera ó lo que él no sabe ni entiende, ó lo que realmente es bueno.

Tambien cuando me alaban me suelo entristecer algunas veces, ó porque alaban en mí algunas cosas que me disgustan á mí mismo, ó porque tambien hacen mas estimacion y aprecio del que debieran hacer de algunos pequeños y leves bienes que experimentan en mí.

Pero ¿qué sé yo si este sentimiento mio nacerá de que no llevo á bien que el que me alaba piense de mí mismo de diferente modo que yo pienso; no porque á esto me mueva su bien y utilidad, sino el que aquellos mismos bienes que tengo yo y me alegro de tenerlos, se me hacen mas gustosos y agradables, cuando tambien agradan á los otros? Porque en algun modo no soy yo alabado, cuando no lo es tambien aquel juicio y concepto que tengo formado de mí mismo; supuesto que se alaban en mí las cosas que

á mí mismo me disgustan, ó se alaban mas las que á mí me agradan menos. ¿No es verdad, pues, que acerca de la excusa referida estoy dudoso y no puedo calificarla con certeza?

62. Bien veo en Vos, Verdad eterna, que de las alabanzas que me dieren no debo alegrarme por el bien mio, sino por el bien y utilidad de mi prójimo; mas no sé si lo hago así; porque mas bien os conozco á Vos, que á mí mismo en este punto. Yo os suplico, Dios mio, que hagais que yo me conozca perfectamente, para que á todos mis hermanos que os pedirán por mí, pueda yo descubrirles en esta confesion todo cuanto hubiese en mí de heridas y de llagas: lo cual supuesto, vuelvo á examinar mi interior con mas cuidado.

Si el gozo que experimento cuando soy alabado, es nacido del bien y provecho de mi prójimo, ¿por qué el vituperio que injustamente se hace á otro me contrista menos que si se me hiciera á mí? ¿por qué me duele mas la contumelia que me hacen á mí mismo, que la que en mi presencia le hacen á mi prójimo, siendo igual la malicia de una

y de otra? ¿Por ventura ignoro tambien esto? ¿habia de llegar á tanto que me engañase á mí mismo, y que en presencia vuestra faltase á la verdad con el corazon y con la boca? Apartad Vos, Señor, léjos de mí tan gran locura, y no permitais que mi boca delante de Vos oculte mis defectos, ni sea como el *aceite*, con que, en frase de David, *desfigura el pecador su rostro*.

63. Muy pobre y necesitado estoy de vuestra luz y enseñanza: mejor seré desagradándome á mí mismo con gemidos y sollozos ocultos, y buscando sin cesar vuestra misericordia, hasta que os digneis de reparar mis defectos, y darme tal perfeccion, que goce aquella tranquilidad y paz que no sabe ni conoce el soberbio y arrogante.

Pero las palabras que uno dice, y las obras que hace, como son públicas y notorias á los hombres, están expuestas á la peligrosísima tentacion del amor y deseo de las alabanzas; el cual busca los votos y pareceres ajenos, y los junta y ordena para conseguir con ellos una cierta excelencia y distincion particular. Aun cuando me reprendo á mí mismo por este mal deseo, me

tienta tambien á desear alabanza , por la misma razon con que le he afeado y reprendido.

Muchas veces sucede tambien que de haber el hombre despreciado la vanagloria, viene á caer en otra gloria mas vana ; en tal caso tampoco puede decirse que se gloria de haber menospreciado la vanagloria ; porque no puede ser verdad que ella esté menospreciada, en un hombre que tan vana é íntimamente se gloria.

CAPÍTULO XXXVIII *.

Como la virtud tiene tambien peligro por la vanagloria.

64. En esta misma especie de tentacion hay tambien otro mal, todavia mas disimulado y oculto, en que caen aquellos hombres vanos ; que están muy preciados de sí mismos, aunque sus cosas no agraden, antes bien desagraden á los otros, ni ellos tampoco intenten agradecerles.

* Siguiendo el ejemplo y fundamentos del P. J. M. de la congregacion de san Mauro, de los cap. xxxvii y xxxviii de otras ediciones hemos formado uno solo, porque así lo pide la conexion de la materia.

Pero estos, Señor, que se agradan á sí mismos, os desagradan mucho á Vos ; porque se glorian no solo de las cosas malas, como si fueran buenas, sino tambien de las que son buenas y dones vuestros, como si solo fuesen bienes suyos ; ó porque de tal manera los reconocen dones vuestros, que los juzgan debidos á sus méritos ; y cuando los atribuyan únicamente á vuestra gracia, no se alegran amigablemente de que otros tambien los tengan, antes por eso mismo les tienen envidia.

Ya veis, Señor, cuánto tiembla mi alma á vista de todos estos y otros semejantes peligros y dificultades de que se ve rodeada ; y por tanto mas bien creo y soy de sentir, que Vos me curais mis heridas y llagas, que el que entre tantos peligros deje yo de recibirlas y tenerlas.

CAPÍTULO XXXIX.

Epílogo de lo que ha tratado en este libro.

65. Mientras que yo, Dios mio y Verdad eterna, me he ocupado en referiros todo

cuanto he podido llegar á conocer de estas cosas inferiores, y he consultado con Vos; ¿cuándo ni dónde me dejásteis solo, ó no anduvistes conmigo, enseñándome lo que tengo de evitar y lo que tengo de apetecer? Registré primeramente las cosas exteriores de que consta el universo, segun y como pude valerme de mis sentidos: despues consideré la vida que mi cuerpo recibe de mi alma, y los sentidos mismos con que obra.

De allí entré á contemplar los senos de mi memoria, la vastísima capacidad que tienen, lo llenos que están de innumerable multitud de especies, y los modos admirables con que allí se colocan y conservan. Consideré todo esto, y quedé atónito y espantado; no pude entender sin Vos ninguna cosa de aquellas, pero hallé y conocí que ninguna de ellas era lo que Vos; ni aun yo mismo, que descubrí y conocí todas aquellas cosas, imágenes y especies, y las fuí recorriendo todas, y procuré distinguirlas y apreciarlas, segun la estimacion y dignidad que corresponde á cada una de ellas; ya recibiendo algunas de estas especies por medio de los sentidos, y examinándolas y reconociéndolas despues; ya re-

flexionando algunas otras cosas que están como mezcladas conmigo, y examinando tambien el número, naturaleza y propiedades de los mismos sentidos, que me daban noticia de ellas, y finalmente aprovechándome de aquel tesoro de mi memoria, y usando diferentemente de sus grandes riquezas, manifestando unas, reservando otras, y descubriendo las que estaban ocultas y guardadas; conocí que ni yo mismo que hacia todas estas operaciones, ó por mejor decir, ni la misma virtud y potencia con que las hacia, somos lo que Vos, que teneis otro ser muy superior; porque Vos sois aquella luz permanente, con quien iba yo á consultar todas aquellas cosas, para saber si verdaderamente existian, qué ser y naturaleza era la suya, y qué aprecio y estimacion debia hacerse de ellas, y oia lo que Vos me enseñábais, y lo que me mandábais.

Esto mismo lo hago tambien ahora muchas veces: y esto es lo que me deleita; y así cuando puedo eximirme de las ocupaciones que me son precisas y necesarias, me refugio á este deleite. Porque en ninguna de estas cosas, que he estado recorriendo y con-

sultando con Vos, hallo un lugar seguro para mi alma, sino en Vos, que sois el único donde caben y pueden reunirse todos los afectos de mi voluntad, que han estado esparcidos por las criaturas, de modo que ninguno de ellos se aparte jamás de Vos.

Tambien algunas veces haceis que en lo interior de mi alma prorumpa en un afecto de amor muy extraordinario ¹, que me lleva á una incomprendible dulzura; la cual, si enteramente se me comunicara, seria una cosa que no puedo comprenderla, pero sé que seria muy superior á todo lo de esta vida. Con el peso de mis miserias vuelvo á dar en estas cosas terrenas, donde mis ocupaciones acostumbradas por todas partes me rodean, quedando como sumergido en ellas, y como aprisionado; mucho lo siento y lloro, pero tambien lo que me estorban y detienen es mucho. ¡ Tanto es lo que nos agobia la pesada carga de una costumbre! Como en este último estado puedo permanecer, pero no quiero; y en aquel otro quiero perseverar, pero no puedo; vengo á ser infeliz en uno y otro.

NOTA.

¹ Este es uno de los varios pasajes que en esta misma obra se pueden alegar, en prueba de que favoreció Dios á san Agustin y santa Mónica, comunicándoles algunas veces en esta vida la union íntima con su Majestad. Así la descripción que en otras partes y aquí hace el Santo de este singular favor, es admirable y le da á conocer por cosa sobrenatural. Lo que el santo Doctor dice, puede servir para enmendar los términos é ideas con que los místicos modernos explican la union íntima con Dios; pues segun la doctrina de san Agustin, no es mas que *un sentimiento extraordinario de amor de Dios, y un exceso de dulzura, que si llegara á toda su perfeccion, seria una cosa que infinitamente sobrepusiera á todo cuanto hay delicioso en esta vida.* San Pablo que lo habia experimentado, y que fue arrebatado al tercer cielo, no nos dijo mas que san Agustin en este punto, como dice el P. J. M.

CAPÍTULO XL.

Como buscó á Dios dentro de sí mismo, y en todas las demás cosas.

66. Por eso consideré todas las dolencias de mis pecados en los tres géneros de concupiscencias que he referido, é invoqué vues-

tra mano poderosa para que sanase las dolencias de mi alma. Como puse mis ojos en vuestros divinos resplandores, teniendo todavía el corazón herido y llagado, no pude resistir tan grande golpe de luz, y como deslumbrado, dije : ¿Quién será capaz de ver tan excesiva luz? Por lo que á mí toca, yo me veo infelizmente arrojado de vuestra presencia.

Vos sois la verdad suma y superior á todas las cosas; mas yo con una especie de avaricia no queria privarme de Vos, sino que juntamente con Vos queria poseer la mentira y falsedad : así como ninguno hay que de tal modo quiera ser mentiroso, que ni él mismo conozca lo que es verdadero. Por eso os perdí yo, Verdad eterna; por no ser Vos poseído de un alma juntamente con la mentira.

CAPÍTULO XLI.

Como algunos han recurrido infelizmente á los demonios, para que sirvieran de medianeros para convertirse los hombres á Dios.

67. ¿Quién habia yo de hallar que pudiese reconciliarme con Vos? ¿Habia de acudir á los Ángeles? Y ¿con qué oraciones, con qué sacrificios habia de atraerlos? Muchos pecadores deseando volver á Vos, y no pudiendo lograrlo por sí solos, se valieron ¹ (segun he oido decir) de semejantes medios; pero vencidos del deseo de tener apariciones ó visiones curiosas, se hicieron dignos de engañosas ilusiones. Como os buscaban llenos de orgullo, y presentaban con arrogancia su pecho en lugar de herirse con humildad; por eso solamente pudieron atraer á sí (por medio de alguna imágen ó semejanza) á las *rebeldes aéreas potestades*; esto es, los demonios compañeros de su soberbia, que los engañaron con la *mágia*, cuando ellos buscaban un medianero que los iluminase y purificase; y entre ellos no habia sino el demo-

nio que se transformaba en ángel de luz. Lo que ayudó mucho á que los hombres soberbios y carnales cayesen en semejante desvarío de solicitar al demonio para su medianero, fue, que siendo ellos mortales, y pecadores, y deseando (aunque soberbiamente) reconciliarse con Vos, que sois inmortal é impecable; les pareció que aquel maligno espíritu seria el mas oportuno, por la ventaja de no tener cuerpo formado de carne como ellos.

Pero era menester que el mediador entre Dios y los hombres tuviese algo en que fuese semejante á Dios, y algo tambien en que fuese semejante á los hombres: porque si en todo fuera semejante á los hombres, estaria muy apartado de Dios; y si en todo fuera semejante á Dios, estaria muy léjos de los hombres, y así no podria ser medianero.

Aquel, pues, mediador falso, por el cual, conforme á vuestros ocultos juicios, merecen ser engañados los soberbios, tiene una cosa por donde es semejante á los hombres, que es el pecado; y quiere dar á entender que tiene otra cosa por donde sea semejante á Dios, jactándose de ser inmortal, por cuanto

no está vestido de la mortalidad de nuestra carne. Pero siendo como es *la muerte la paga y estipendio del pecado*, en el cual es semejante á los hombres, tambien lo es en estar juntamente con ellos condenado á muerte.

NOTA.

¹ Estos tales fueron Pitágoras, Apolonio Tiano, Porfirio, Proclo, Pselo, Máximo el Cínico, Juliano Apóstata y otros muchos, que siguiendo la doctrina de los caldeos y egipcios, creian que todos los entes sublunares habian sido puestos por el Criador del universo al cuidado de las potestades celestiales, que gobernaban á su gusto el principio, la duracion y el fin de todas estas cosas de acá bajo; y que por medio de algunos sacrificios que se les ofrecian, se hacian visibles, y servian á los hombres de escala para elevarse y llegar hasta Dios.

CAPÍTULO XLII.

Carácter del verdadero mediador entre Dios y los hombres.

68. El verdadero mediador es aquel, que por vuestra inescrutable misericordia os dignásteis manifestar á los humildes, y le en-

viásteis para que con su ejemplo aprendiesen la verdadera humildad. Este mediador entre Dios y los hombres; es el Hombre Jesucristo, que se manifestó mediando entre los pecadores y mortales, y entre el que esencialmente es justo é inmortal; conviniendo en lo mortal con los hombres, y en la justicia y santidad con Dios; para que, supuesto que la vida y la paz eterna es la paga y estipendio de la santidad y justicia, lograrse con la justicia y santidad en que convenia con Dios, que cesase la sentencia de muerte fulminada contra los pecadores é impíos, á quienes justificó, y cuya muerte quiso padecer como ellos. Este mismo medianero fue anunciado y revelado á los Santos y Patriarcas antiguos, para que ellos se salvaran, teniendo fe en la muerte que habia de padecer; así como nosotros nos salvamos, teniendo fe en la muerte que efectivamente padeció. Este, pues, en cuanto es hombre, en tanto es medianero; porque, en cuanto es Verbo divino, no media entre Dios y el hombre, sino que es igual á Dios, y tan Dios, que con el Padre y el Espíritu Santo es un mismo Dios.

69. ¡Oh eterno y amantísimo Padre! ¡qué grande fue el exceso de vuestro amor para con los hombres, pues no perdonásteis á vuestro unigénito Hijo, sino que le entregásteis á que muriese por nosotros pecadores! ¡qué grande fue el amor que nos mostrásteis, pues llegó á tal extremo, que aquel mismo Señor, que en tenerse por igual á Vos no os usurpa cosa alguna, se sujetase á padecer por nosotros la ignominiosa muerte de cruz! Así él habia sido el único libre entre los muertos, que tuvo potestad de morir, y también la tuvo de resucitar. Él mismo fue el vencedor¹ y la víctima, que se ofreció á Vos por nosotros; y por eso fue vencedor, porque fue víctima. Se hizo para con Vos sacerdote y sacrificio por nosotros; y por eso fue él sacerdote, porque él mismo fue el sacrificio. Y finalmente, de siervos que éramos, nos hizo vuestros hijos, el que siendo Hijo vuestro, se hizo nuestro siervo.

Con razon, pues, Dios mio, tengo grande y firmísima esperanza de que sanaréis todas mis dolencias, por este mismo Señor, que está sentado á vuestra diestra, y os ruega incesantemente por nosotros, que si no desespe-

raria de mi salud. Verdaderamente son muchas y grandes mis dolencias, muchas son y grandes; pero mayor, mas copiosa y eficaz es vuestra medicina. Si el divino Verbo no se hubiera hecho hombre, ni habitado entre nosotros, hubiéramos podido juzgar que estaba muy ajeno de unirse con la humana naturaleza, y desesperar enteramente de nuestra salvacion.

70. Confieso que, aterrado de mis culpas y oprimido del peso de mis miserias, habia pensado en mi interior muchas veces, y formado intencion de dejarlo todo y huir á una soledad; pero Vos me lo estorbásteis, y me animásteis diciéndome : *Jesucristo murió por todos, para que los que viven, no vivan ya para sí mismos, sino para aquel que murió por ellos. Pues, Señor, en Vos pongo todo el cuidado de mi salud, para vivir y emplearme en contemplar las maravillas de vuestra santa ley. Vos sabeis mis ignorancias, y conoceis mis dolencias; pues enseñadme y sanadme. Este vuestro único Hijo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, me redimió con su sangre. Pues no me inquieten los soberbios con sus calumnias,*

porque me ocupo en meditar el precio de mi rescate, porque le como y bebo, y porque le distribuyo; y porque reconociendo mi pobreza y necesidad, deseo saciarme de él entre aquellos que ya le están comiendo y saciándose de él, y alaban eternamente al Señor los que le buscan.

NOTA.

¹ En estas palabras *vencedor* y *victima*, alude el Santo á la etimología que tienen algunos del verbo *vencer*; pero en el latin se conoce mejor la alusion y hermosura que causa la cercanía de las voces *victor* y *victima*.

Por esto se entenderá mejor lo que añade san Agustin diciendo, que Cristo Señor nuestro fue *sacerdote* y *sacrificio*, porque uno y otro son derivados de *sacrum facere*, que significan consagrar alguna cosa á la Divinidad. Pero en castellano (ni en otro idioma fuera del latino) tampoco se conoce esta y otras alusiones que usa el Santo, porque distan casi tanto entre sí los sonidos de las voces, como los significados.